



## CARNE Y HUESO

OBRA GANADORA DEL I PREMIO EL PROCESO

Primera edición, abril de 2021

© Santiago Eximeno, 2021

© Ilustración de cubierta: Rubén Gil

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S. C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

El logotipo de Ediciones El Transbordador es un diseño de Tomás Hijo

Depósito legal: MA 354-2021

ISBN: 978-84-123296-5-0

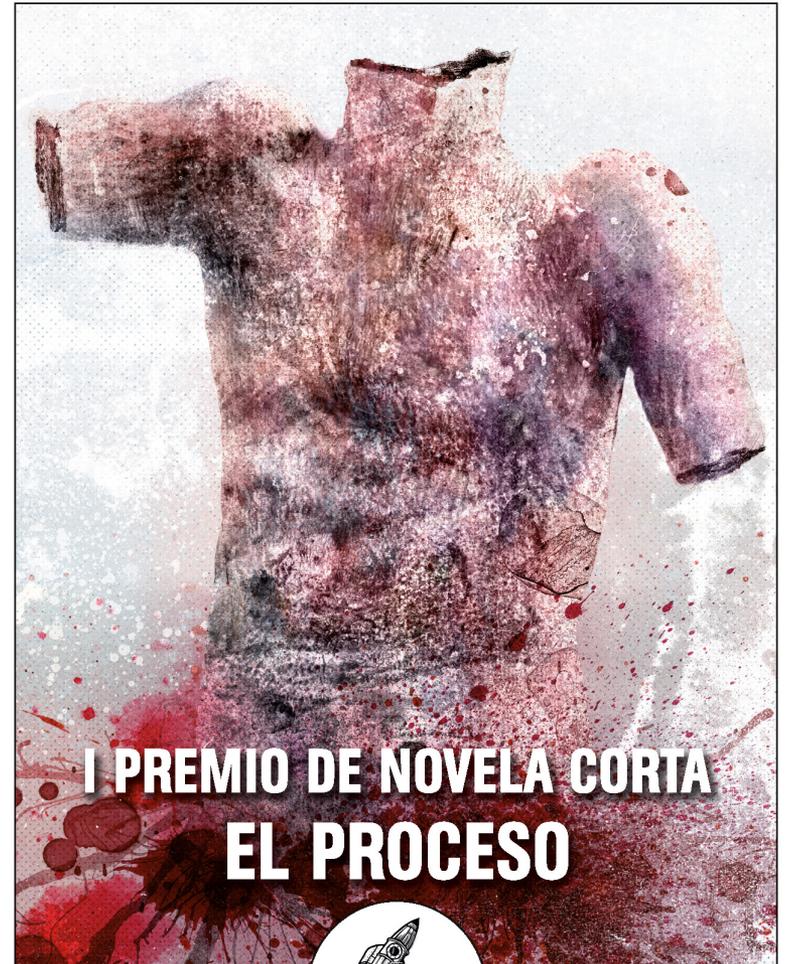
Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*

[www.edicioneseltransbordador.com](http://www.edicioneseltransbordador.com)

# CARNE Y HUESO

— \* — SANTIAGO EXIMENO — \* —



**I PREMIO DE NOVELA CORTA  
EL PROCESO**



ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: RUBÉN GIL

### Nota de la editorial

El I Premio de novela corta El Proceso nace en abril de 2020, en el contexto de la incertidumbre provocada por la pandemia global.

Frente a la amenaza de asfixia al sector de la cultura, lanzamos este grito firme que reivindica más que nunca su valor y su carácter eterno y universal, pues la entendemos tan necesaria como el respirar.

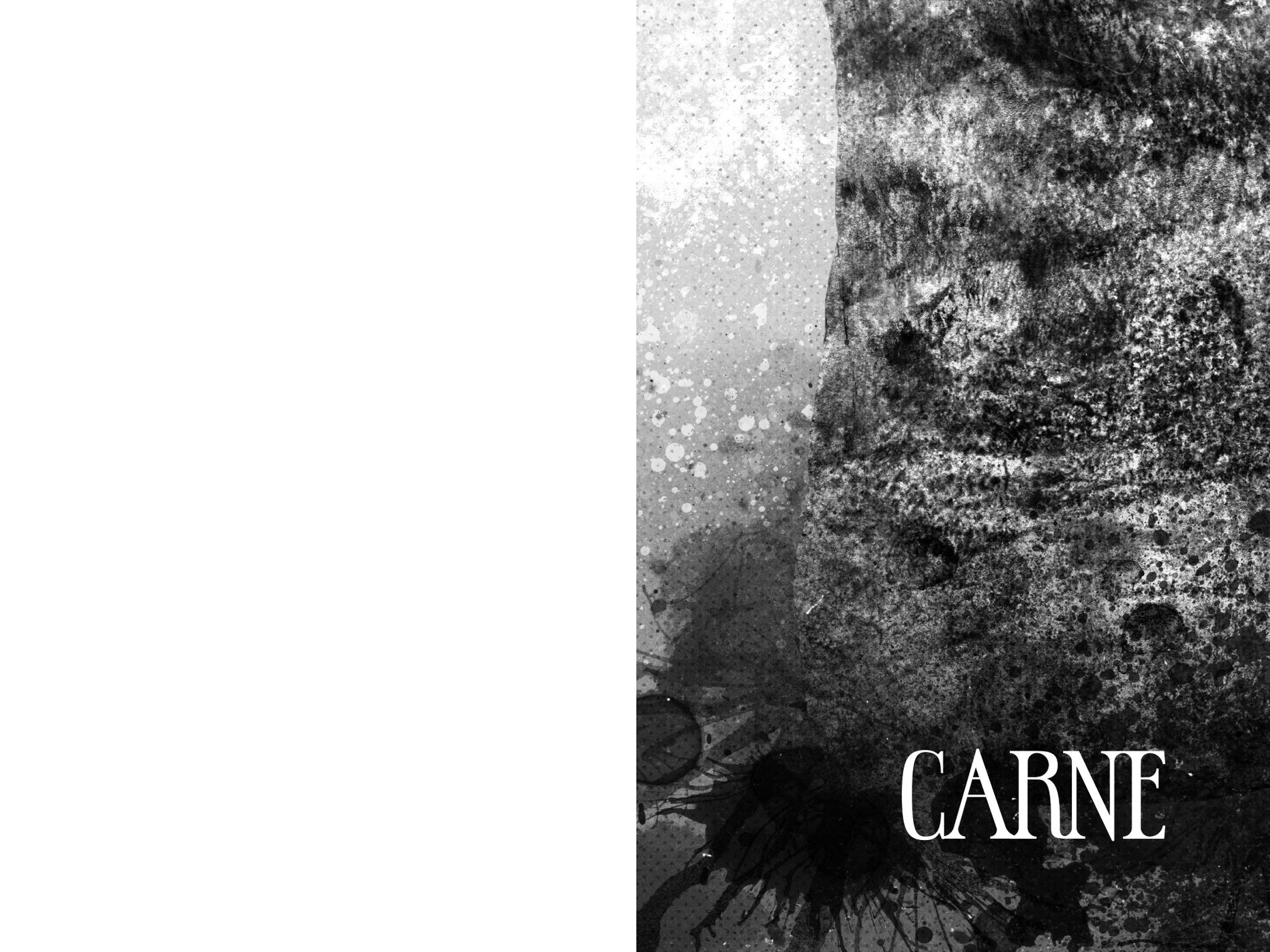
*Si era una comedia, seguiría el juego.*

*El proceso, Franz Kafka*

# CARNE Y HUESO

—✘— **SANTIAGO EXIMENO** —✘—

*Quien come la carne que roa el hueso*



CARNE

*La infancia es una lucha constante por ceder,  
por saber hasta dónde nos dejamos robar nuestra  
libertad.*

Jan Švankmajer



Nuestro cuarto de baño había desarrollado un tumor junto a la bañera. Una masa de carne ennegrecida, corrupta, que trepaba por la epidermis de la pared enroscada alrededor de las tuberías intestinales. Mi tío Peceto, que se responsabilizaba de las curas esenciales en el edificio, lo había descartado tras considerar que no eran más que máculas provocadas por una alteración del riego sanguíneo. Nosotros, más prudentes, habíamos prestado atención constante a su crecimiento. La piel moteada se había extendido por la pared, trepando descontrolada entre las tuberías y el cuadro que Marucha había colgado junto al espejo del baño. Marucha había encontrado el cuadro en un vertedero, con el gancho de queratina todavía unido al marco. Sin permitirme exponer mis reticencias, ella

lo había clavado a la piel de la pared con un par de martillazos. Habíamos perforado la epidermis en ocasiones anteriores, tanto las paredes como el suelo, y el edificio megalio nunca se había quejado. Esta vez el resultado de la decisión de Marucha se había limitado al derrame de un hilillo de sangre sobre el tejido epitelial, nada que nos invitara a pensar que colgar el cuadro pudiera ser el epicentro de una enfermedad. Tras constatar cómo había evolucionado la carne megalia alrededor del gancho, yo tenía la sospecha de que la infección se había originado en aquel lugar concreto, justo donde la queratina se enquistaba en la epidermis tumefacta.

—Aquí necesitamos un dermatólogo, no un esteticista —dijo Peceto mientras peinaba con torpeza su parva de pelo entrecano.

No le quitamos la razón. No sabíamos si se debía a una reacción vascular incontrolada o a la actuación de agentes patógenos, pero el aspecto de aquella carne veteadada y el dulzor hediondo que despedía confirmaban un cuadro patológico severo. Habíamos visto otros edificios bregar con la corrupción de su sistema tegumentario hasta el colapso y no

queríamos sufrir la misma experiencia que sus residentes. La contaminación de la carne megalia siempre culminaba en derrota para nosotros, los carne, poco acostumbrados a los cuidados paliativos y menos aún a la atención primaria. Nos resultaba más sencillo asumir el fracaso y enterrar nuestras esperanzas en las heridas abiertas. Sin embargo, volver a las calles, lejos de los edificios megalios más saludables de Carne, ya no era una opción, no desde que el embarazo de Marucha se había adueñado de nuestras vidas.

Identificábamos la anatomía de nuestras cuitas con la deuda continua a la que nos sometían los hueso. Todos en Carne convivíamos con la necesidad, con el apuro. Con la incómoda sensación de valorar sin la medida correcta cada moneda de queratina recibida, cada limosna custodiada en nuestros bolsillos. Una operación como la que parecía requerir el cuarto de baño estaba más allá de nuestros posibles, incluso cuando Marucha trabajaba de tejedora de cabellos y la economía familiar no dependía exclusivamente de mi inutilidad. Y ni siquiera había pasado por nuestra mente plantearnos la anestesia para el edificio.

Contemplé con cierto rencor el cuadro, el presunto objeto infeccioso, claveteado a la pared del cuarto de baño. Pintado con sangre y otros pigmentos obtenidos en los talleres que los artistas levantaban en el Bordo, la ilustración semejava una abigarrada manzana de edificios de carne palpitante, bien alimentada, lozana. O quizá, si prestabas atención a los detalles que el artista había plasmado de forma sutil en los márgenes de la obra, podías columbrar que aquellas manchas virulentas formaban parte de un todo mayor, de un cadáver megalio asaeteado que agonizaba sobre la tierra empapada de su propia sangre. Esa desagradable tuberosidad me inspiraba aquellos pensamientos oscuros. ¿Por qué habría recogido Marucha aquel cuadro? ¿Qué belleza oculta había atisbado en él que, al contrario que a mí, no le provocara repugnancia? Valoré que lo mejor sería arrancarlo de la epidermis del edificio megalio, arrojarlo a la bañera de cartílago y olvidarlo allí hasta que decidiéramos conjuntamente deshacernos de él. No hice nada. Aquel acto entristecería a Marucha, y verla triste era lo que menos deseaba.

—Bueno, siempre podéis llamar a las mandíbulas —dijo Peceto—. Al menos podrán sanearlo.

Las mandíbulas. Infames, delgadas y pálidas, como afiladas tallas de hueso. Seres voraces y hambrientos, no eran pocos los que los contrataban para sanear la podredumbre de la carne de los edificios megalios antes de que la infección se extendiera. Las mandíbulas pretendían vivir entre nosotros como carne —aunque emplazaban sus hogares en barrios vesiculares, en los márgenes de Carne—, e incluso a veces los ancianos compartían confidencias en las que aquellas criaturas se identificaban a sí mismas como hueso. Sin embargo, ambos sabíamos que ellas eran muy conscientes de que no formaban parte ni de unos ni de otros. Todos las considerábamos ajenas a la carne, al hueso. Su aspecto externo inducía a pensar lo contrario, sobre todo si obviabas los detalles más grotescos. Su piel casi transparente, donde las venas y las arterias dibujaban paisajes indescifrables que evocaban lo antiguo, lo oculto. Sus dientes afilados, desproporcionados. Sus dedos, que formaban

garras de ave carroñera más que manos. No, las mandíbulas eran a la carne lo que la autopsia a la vida.

—Lo pensaremos, tío —dije—. Quizá tengas razón, quizá sea lo más adecuado.

Lo único innegable era que cubrir el precio de las mandíbulas estaba a nuestro alcance; al fin y al cabo, en el pago se incluía la comida. Las mandíbulas no hablaban, apenas interaccionaban con la carne, pero trabajaban con rapidez y eficacia. Y siempre había varias de ellas dispuestas a acercarse a un edificio enfermo para realizar su, a nuestros ojos, ingrata labor. A mí me desagradaban aquellos seres abyectos tanto como al resto de los habitantes de Carne. Nunca pensábamos en ellas como nuestra primera opción, ni siquiera como una posibilidad, pero debido a nuestras carencias tampoco las descartábamos sin más. Mi tío Peceto decía saber bien de su valía, porque había contado con su presencia en muchas ocasiones, tanto en nuestro edificio como en otras construcciones megalias. Si él confiaba en ellas, nosotros también nos sentíamos obligados a hacerlo.

—Siento no poder hacer más por vosotros. Sabes que me preocupo por vuestra felicidad —dijo mi tío Peceto—. Se lo debo a tus padres.

Yo asentí sin pronunciar palabra. Para mí, mis padres no eran más que una promesa en boca de mi tío, una sombra, un recuerdo impostado.

Nos despedimos en la puerta de nuestra casa. Mi tío, que se ocupaba de mantener el edificio con vida, tenía su casa en la planta baja; nosotros vivíamos en la segunda. Habíamos levantado tres plantas habitables en la carne megalia y al menos dos familias más habían emplazado con nuestro consentimiento su propio refugio en la azotea, en tiendas de campaña fabricadas con epitelio intestinal. La carga para sostener la vida del edificio, asumida por un solo corazón, sobrepasaba lo aceptable. Porque nuestro fragmento de cuerpo megalio, como todos los del barrio, sólo disponía de uno, bien enterrado en sus cimientos. Por la noche, si prestábamos suficiente atención, podíamos oír sus latidos asíncronos. Todo el sistema circulatorio del edificio era visible en las